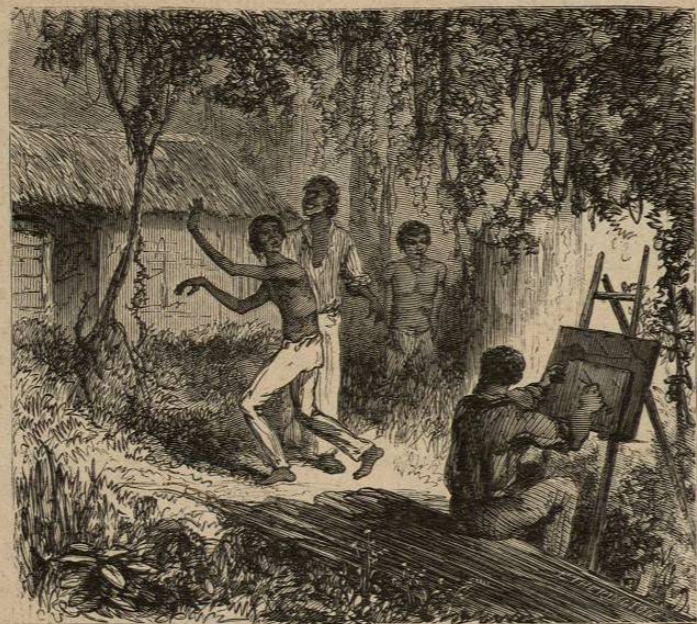


«¡Así caerán los que sean heridos por nuestras flechas!»

En seguida, cada cual va á tomar su asiento en el círculo formado el primer día por los miembros de la tribu, cerca del lugar en que ya las viejas han echado en la *panela* el agua, las lianas y los objetos desconocidos cuyos nombres no pudo ó no quiso decirme Juan.

El segundo día se aumenta el fuego, y las exhalaciones que se desprenden de la *panela* hacen en-



Nueva bellaquería de Policarpo.

partir quise ver cómo se valían de estas en la caza.

Fuimos con Juan y Zanani, el más joven de mis modelos, que había olvidado la historia de las cabezas cortadas, referida por Policarpo, á hacer una excursión por los bosques. Tenían una cerbatana de doce pies de longitud, y un carcaj que parecía barnizado, dentro del cual había una docena de pedazos de madera muy duros, bien afilados por una de sus estremidades y forrados por la otra con una pelota de algodón. Paso á paso seguíamos un sendero practicado en el bosque, que apenas nos dejaba más espacio que el estrictamente preciso para deslizarnos por entre las plantas que por ambos lados se desbordaban. Mis guías aplicaron el índice á sus labios en señal de silencio, y salimos del sendero para sentarnos, ó por mejor decir para tendernos debajo de un árbol corpulento, cuyas ramas al llegar al suelo habían dado retoños que plantados de nuevo, formaban un bosquecillo en donde las lianas que por todas partes se dilataban nos envolvían en millares de redes. El joven indio se puso en pie apoyándose en el tronco

sanchar el círculo; al tercer día aquello es una vasta hoguera.

Al llegar la noche, el fuego se estingue poco á poco, las humaredas venenosas se disipan; la obra está terminada, el veneno es eficaz, y se procede á quitar la vida á las viejas.

El *curare* adquiere dureza y consistencia al enfriarse; por esto, para servirse de él los indios lo calientan á un fuego lento, y cuando está un poco reblandecido mojan en él la punta de sus flechas. Antes de

del árbol, teniendo la precaución de levantar su cerbatana sujetándola entre las ramas bajas, porque su desmesurada longitud hubiera impedido los movimientos que le habría sido necesario hacer en el caso de manejarla con el brazo tendido. Nos mantuvimos silenciosos por espacio de media hora, siendo nuestro silencio interrumpido únicamente por los ligeros silbidos del siempre inmóvil indio. Algo sin duda oyó que escitaba su atención, puesto que le vimos hacer un ligero movimiento y mirarnos con un aire que Juan comprendió desde luego. Un instante después ví lanzarse de un árbol inmediato un hermoso mono encarnado de la especie de los micos, que fue seguido por otro, y así sucesivamente hasta siete. El indio Zanani sopló con fuerza en su cerbatana, y uno de los monos se llevó con viveza la mano al pecho, á la cabeza y al muslo, rascóse en todas estas partes y cayó al suelo. Todos, hasta el último, sufrieron la misma suerte en menos de diez minutos, sin que se oyese el más ligero ruido.

Regreso.—Maões.—Una tribu salvaje.—Cencerrada á la luna.—Fuga de mis remeros.—Hago prender el guardia nacional.

No sin gran esfuerzo volví de esta cacería de monos, no siéndome ya posible hacerme ilusiones acerca del estado de mi salud. Era preciso partir, puesto que aquella vez había llegado al límite de mi viaje. Aun suponiendo que me hubiera propuesto continuarlo,

mis indios me habrían abandonado probablemente un día ú otro. En el momento de mi marcha, Juan me anunció que había oído respecto de mí algo que le causaba inquietud. Los cuatro indios, que no se separaban un momento, habían al parecer tomado una resolución.

Toda la tribu vino á acompañarme; abracé cordialmente al bondadoso Juan y á mi protegido Zanani,



Chapuzon involuntario.

y lo mismo que el último día de mi vida en los bosques, me sentí profundamente conmovido.

Siendo el viento favorable para darse á la vela, repartí doble ración de cachassa, y apresurándome á volver á mi canoa corrí las cortinas de mi toldo para preservarme del sol, y me dormí.

Cambió el viento al cerrar la noche, y un aguacero que duró por lo menos hora y media nos caló hasta los huesos. De lleno hubiera recibido la lluvia, á no tener mi quitasol, pues el agua entraba copiosamente por un agujero abierto por mis monos, sin contar otros muchos pequeños que convertían mi techo en una inmensa regadera, y hubieran bastado por sí solos para mojarlo todo.

Los días siguientes fueron monótonos, y los pasé casi todos tendido en mi estera, pues mi salud estaba harto quebrantada. El calor me mataba y bebía

con exceso; había agotado mi azúcar, y aunque mi limonada era demasiado ácida, no por esto me abstenia de beber.

No he podido saber cuánto tiempo pasé, ya en la *malloca* de Juan, ya al volver, y casi ignoraba donde había estado. Mi postración y la enfermedad de que aun no me hallaba restablecido me habían hecho abandonar mi diario, del que un día hice un resumen. Había descuidado preguntar á Juan cuál era el nombre del lugar en que habitaba, el de aquel río, y el del otro en cuyas márgenes encontré á los araras de quienes me alejé apresuradamente, gracias al horroroso Policarpo. Pero no era tiempo de retroceder cuando todo esto me vino á la memoria.

Al fin volvimos á ver á Canoma, y luego tocamos en Abacaxi, en el Paraná-Mirim de Madeira, desde donde nos trasladamos á Maões.

En aquel punto, solo saltó el guardia nacional á tierra. Ceferino,—este era su nombre,—se habia puesto las prendas principales de su uniforme, pues un hombre sentado en una canoa á quien pidió ciertos informes, le dijo que allí se hallaba el coronel de la Guardia nacional.

Poco tiempo hacia que una tribu salvaje de Maocs (llevan el mismo nombre que la ciudad) se habia establecido en las orillas del rio, y deseaba verlos y retratarlos. Diéronme otro guardia nacional para que me protegiese, y además se llamó á un viejo maocs civilizado, capitán de la Guardia nacional, que debia salir aquella noche para la *malloca* á fin de anunciar á los indios mi llegada para que no me fuese preciso esperar, porque mis dolencias se habian renovado, y no queria pasar allí sino cuarenta y ocho horas.

Esperando la llegada de la noche, me puse á recorrer el pais. Maocs, como todas las pequeñas poblaciones del Amazonas, se compone de un grupo de casas irregulares. El coronel vivia en una espaciosa calle donde muchas casas iguales á la suya descollaban sobre las chozas, y á semejanza de las de Santarem, Serpa y Villabella, estaban blanqueadas y algunas veces pintadas de amarillo ó encarnado, aunque por lo regular tenian techos de ramas de palmera.

El coronel me llevó á un tiro de arco, y me sorprendió la destreza de algunos muchachos que daban con frecuencia en el blanco, casi sin mirarlo.

Al dia siguiente, el nuevo guardia nacional estaba en su puesto, y empezaba á desconfiar de poder marcharme, cuando mi gente, á la que no habia visto desde el dia anterior, volvió á las ocho. Ebria venia; pero yo habia tomado hacia mucho tiempo el partido de no proferir palabra.

Hasta muy entrada la noche no llegamos al término de nuestra jornada. La luna apenas se dejaba ver, y me costó mucho trabajo saltar á un terreno escarpado á manera de rampa. Media hora despues llegó á mis oidos un ruido extraño, que á medida que nos acercábamos iba haciéndose ensordecedor.

Al llegar á la cima, el guardia nacional y yo nos detuvimos ante el mas inesperado espectáculo. Toda la tribu, animada de la mejor intencion, segun despues supe, daba una cencerrada á la luna para despertarla, porque al parecer se habia dejado adormecer por un eclipse. Dijéronme que los indios solian equivocarse tomando por eclipses esas negras nubes tan frecuentes en los paises próximos al Ecuador. De buena gana hubiera sacado un dibujo al natural de aquella singular serenata, pero una completa oscuridad me lo impedia. Uno golpeaba con una piedra un plato de hierro destinado á cocer la harina de yuca, y á fin de obtener un buen salbado lo habia suspendido de un árbol; otros muchos aporreaban tambien el plato sonoro; los muchachos hacian resonar á por-

fia pitos de hueso de cabra ó carnero; otros soplaban con toda su fuerza unos largos bastones huecos, inmensas bocinas con las cuales llaman al enemigo al combate, y el resto de la turba hacia sonar unos tambores hechos con un pedazo de tronco de árbol y cubiertos por un solo lado con una piel de buey ó de tapiro.

La luna, al descubrirse por completo, impuso silencio á todos; y como ya nada tenia que hacer ó ver allí, volví tranquilamente á mi canoa.

Levantéme al amanecer; Policarpo llevaba mi moral y mi escopeta. El capitán de la Guardia nacional habia cumplido su palabra, pues nadie se opuso á mi deseo de retratar á un habitante de la *malloca*, donde como en otras partes, mi trabajo, siempre que los espectadores veian su principio y su fin, producía un entusiasmo general. Compré uno de esos largos bastones huecos de que he hablado, y me despedí de la tribu un poco enfermo todavia, proponiéndome firmemente dejar de trabajar.

Al llegar á Maocs hice llevar mi hamaca á casa del coronel, con no poca fortuna mia, porque una tempestad espantosa estalló sobre la ciudad; la lluvia, que caia á torrentes, inundó las calles, penetró en las casas, y desconcertó mi proyecto de ir á ver en qué estado se hallaba la canoa.

Al dia siguiente encontré á Policarpo tendido debajo del toldo; el guardia nacional se habia refugiado en cualquier escondrijo, y lo mismo habian hecho los remeros. Desperté á Policarpo, y me dijo que no sabia dónde estaban los demás; respecto de otras preguntas que le hice se embrolló de una manera lastimosa, pero al fin se averiguó que mis dos remeros habian fraguado, con el auxilio del guardia nacional, un plan de fuga, la que en efecto emprendieron despues de robar á un indio de otra tribu.

Mientras reflexionaba sobre lo que en tal caso me convenia hacer, llegó el guardia nacional. Mucho tiempo hacia que la necesidad me obligaba á disimular; pero como en último resultado aquel hombre no me servia sino para devorar mis provisiones, descargué sobre él mi cólera; y haciendo sacar de la canoa todos los objetos que le pertenecian, y llamando luego á un negro, le mandé que los llevase á casa del coronel.

Este hizo conducir al guardia á un puesto donde debia quedar preso hasta que se presentase una ocasion oportuna para enviarlo á Manaos con la recomendacion que merecia. Si el bellaco hubiese contenido á los remeros, vigilándolos como se lo exigia su deber, no hubiera yo experimentado ninguno de los contratiempos que he referido. El desleal no ignoraba nada de lo que ocurría; y si Policarpo pudo oponer durante mucho tiempo obstáculos á mis estudios, y si los remeros se habian puesto de acuerdo

con el negro para fugarse, todo era debido á que él habia entrado en la conjuracion.

No obstante, el conflicto en que me hallaba era terrible, atendida la casi imposibilidad de procurarme en aquel pais otros remeros.

Afortunadamente llegó una gran canoa tripulada por ocho maocs, y en ella venia el jefe de policia de Villabella, para quien yo tenia una carta de recomendacion. Debía partir una semana despues, y tuvo la complacencia de dejarme dos de los que le acompañaban, á quienes se esplicó lo que debian hacer, no sé en qué lengua, porque no entendian el portugués. Escucharon sin replicar; y á fin de impedir que tan buena é inesperada fortuna se me escapase de las manos, recurrí á la cachassa y no los perdí de vista un momento.

El coronel tenia una tienda, circunstancia de que me aproveché para comprar una botella de vino de Oporto, dos gallinas y una tortuga. Además, él me procuró un peinado de plumas, y cuando quise satisfacerle su precio se opuso á ello diciéndome que esto seria ofenderle. Habiendo ya empaquetado todos mis útiles de pintura, no podia pagar en aquel momento á mi manera la hospitalidad y los obsequios que habia recibido.

Aconsejéronme que partiese á la posible brevedad, pues aquellos indios no eran mas de fiar que los otros. Al marcharme abracé al buen coronel y á su amigo el doctor, como se hace en el teatro, esto es, estrechándonos entre los brazos y desviando la cabeza. Tales son los abrazos que es costumbre dar en el Brasil.

De Maocs á Villabella.—Un chapuzon involuntario.

Algunos minutos despues me hallaba en el agua, no poco satisfecho al verme libre del guardia nacional y de los dos indios fugitivos. Los nuevos tenian un aspecto de mansedumbre que me agradaba mucho: eran padre é hijo, y me prometia que no me darian motivos de queja; en efecto, en todo el tiempo que pasaron á mi lado ninguna reconvencion me fue preciso hacerles. Es verdad que eran muy estúpidos; mas ¿qué importa, si su oficio se reducía á manejar bien los remos?

Llegó la noche una hora despues de nuestra partida, y solo necesité un mono para hacer comprender que era preciso llegar al centro del rio, muy ancho mas abajo de Maocs, y dejar caer el cable con la piedra. Habia distribuido la racion de cachassa, y todo marchaba perfectamente, tanto mas cuanto que con aquellos pobres salvajes el cargo del horroroso Policarpo era inútil.

Casi hubiera estado contento, si la debilidad que paralizaba mis movimientos no me inspirara pasaje-

ras tristezas que me esforzaba por desechar de mi alma.

Una noche me acosté fatigado sobre los equipajes, pero sin deseo de dormir, pues no habia sacado ni la estera, ni la tienda, ni la capa. Poco á poco fué adormeciéndome y solo me desperté al caer de cabeza en el rio. Al grito que di, los indios detuvieron la canoa y me alargaron la mano. Policarpo no se despertó, ó si se despertó no lo advertí.

Al dia siguiente subimos á un desmonte reciente, pero ya plantado de cacao y yuca. Muchos bananeros ostentaban hermosos racimos que me proponia adquirir y conservar.

Una mujer de origen portugués, pero tan negra como una india, me salió al encuentro. Saludéla muy cortesmente diciéndole: *Minha branca* (mi blanca), pues los bananos me habian convertido en un vil adulador. En efecto, el negocio se arregló pronto, y además compré una gallina azaz flaca que me fue aderezada inmediatamente en la estremidad de un palo; y teniendo entonces algunos litros de vino, fué á instalarme bajo mi toldo para procurarme las fuerzas que tanto necesitaba.

Desconocido me era el nombre del nuevo rio en que navegábamos. Habíamos encontrado muchas ramificaciones, y fue preciso contentarse con lo que me dijo Policarpo, esto es, que estábamos en el rio Ramos, lo cual era posible, porque la mañana en que dejamos atrás á Maocs me pareció que el Madeira se dirigia por entre unas islas, al paso que nosotros emprendimos otra direccion al bajar.

Pasamos por delante de la boca del rio Andeira, que desagua en el Ramos y poco despues en el Amazonas, mas abajo de Villabella. Allí hubieran terminado mis fatigas, si asi lo hubiese querido, pues me habria bastado embarcarme en un vapor, y en ocho horas hubiera estado de regreso en el Pará. Pero, sirtiéndome un poco mas fuerte quise seguir probando fortuna y navegar de nuevo en el Amazonas hasta Santarem, porque proyectaba, si era posible, subir el rio Tapajos, ó llegar por lo menos hasta Obidos.

Las pérdidas de Policarpo.—Un acceso de cólera.—Remordimientos.—Escursion subiendo el Freguesia.—Fuga de Policarpo.—Una tempestad.—Vuelta al Pará.

Dejé, como estaba convenido, en Villabella á los dos maocs, á quienes pagué como lo hubiera hecho respecto de los fugitivos, á razon de una pataca diaria; recibieron su estipendio sin decir una palabra, dieron media vuelta y pronto los perdí de vista.

Allí me costó aun mas trabajo el proporcionarme remeros. Enviáronme á casa de un cura, el que me envió á un tendero portugués, quien á su vez me envió al subdelegado; este se entendió con el promo-

tor, y ambos me prometieron, no solo dos hombres sino tambien un guardia hasta Obidos. Los tres debian regresar por el vapor, pagándoles yo el flete.

Como en la casa del promotor habia muchas hamacas, pasé la noche en una; al dia siguiente me presentaron un indio maoes llamado Miguel, y esperé al otro, que no podia venir hasta la tarde. Por su parte, el guardia estaba dispuesto á marchar.

Policarpo seguia esperándome guardando la ca-

noa, y al saber que iba á venir un guardia me preguntó: «¿Para qué ese guardia inútil y otro remero? Uno solo basta para bajar hasta Pará, si quereis.»

Mucho insistió en este particular.—«Por otra parte, añadió, el viento reina siempre del Oeste al Este en la presente estacion, y cuando estemos á bordo nos serviremos de la vela.»

Con esta seguridad fuí á despedirme del promotor y á darle gracias por las atenciones que le debía, pe-



Un acceso de cólera.

ro al decirle que no queria al guardia ni al otro remero, desaprobó terminantemente mi resolucion con tanto mayor motivo cuanto que, aparte de que conocia á fondo el carácter de los indios en general, tenia noticia de la fuga de los dos primeros.

Compré *pirarocu* y harina y volví á la canoa, siendo necesario desplegar la vela porque el viento era fuerte y favorable. No teníamos en rigor lo que vulgarmente se llama una tempestad, pero las oleadas subian á tanta altura, atendida la pequeñez de nuestra embarcacion, que Miguel y yo apenas bastábamos para vaciarla. El dia y la noche se pasaron en bordear, y á la tarde siguiente, despues de hallarnos en el mismo estado que el dia anterior, entramos en la desembocadura del rio Juruti.

Allí empezó Policarpo á hacer muecas de descon-

tento, y en mí se reconcentraba por grados una cólera que tardó poco en estallar. Empecé á tener por cierto que habia cometido una nueva imprudencia al no aceptar los dos hombres que me habian sido ofrecidos. Entonces mas que nunca me hallaba á merced de aquel miserable; pero en cambio me propuse observarlo, y especialmente impedir todo compadrazgo entre él y Miguel.

Al amanecer oí ladrar perros y cantar gallos. Quise desembarcar, pero Policarpo alegó especiosas razones para impedirlo, diciéndome que la habitacion que teníamos á la vista pertenecia á un blanco, y que allí nada encontraria que hacer. Y entretanto la canoa seguia su camino contra mi voluntad. Al ver tanta doblez se me exaltó la bilis de una manera terrible, y dije al fementido indio que me disgustaba



Huracan en el Amazonas.